

DIAGNÓSTICO DE MUERTE

AMBROSE BIERCE

ÚLTIMO PISO

PABLO DE SANTIS



*Cuentos cortos
para el verano*

“Diagnóstico de muerte” de Ambrose Bierce (1842-1914)

“Último piso” de Pablo De Santis

En *Los Signos*, de editorial La Página S.A. Publicado por Página 12

© Pablo De Santis

Imagen de tapa: Archivo Campaña Nacional de Lectura

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Cuentos cortos para el verano”

Ministerio de Educación

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lectura

República Argentina, 2007

DIAGNÓSTICO DE MUERTE

AMBROSE BIERCE



— **N**o soy tan supersticioso como algunos de tus colegas de ciencia, como tú te complaces en decir —dijo Hawver, contestando una acusación que no había sido hecha— Algunos de ustedes, sólo algunos, confieso, creen en la inmortalidad del alma, y en apariciones que tú no tienes la honestidad de llamar fantasmas. No voy decir más que tengo la creencia de que a veces los vivos se pueden ver donde no están, en lugares donde estuvieron, donde ellos vivieron mucho tiempo, quizás tan intensamente, como para dejar sus impresiones en todo lo que los rodeaba. Lo se, en efecto, puede ser que un ambiente pueda ser tan afectado por la esencia de una persona como para impresionar, tiempo después, su imagen a los ojos de otros. Sin dudas, la personalidad impresa tiene que ser el tipo justo de personalidad y los ojos que la perciben tienen que ser el tipo justo de ojos, los míos por ejemplo.

—Sí, el tipo justo de ojos, sensaciones convincentes del



lugar erróneo del cerebro—dijo el Dr. Frayley, sonriendo.

—Gracias; uno gusta tener sus expectativas gratificada; esto es en réplica de lo que yo supongo que haría alguien civilizado.

—Disculpa, pero tú dices que lo sabes. Es algo fácil de decir, ¿no crees? Quizás debieras decirme cómo lo supiste.

—Tu lo llamarás alucinación —dijo Hawver,— pero no es así—y le contó la siguiente anécdota.

El último verano, como sabes, fui a la ciudad de Meridian. Los parientes en cuya casa planeaba instalarme estaban enfermos, así que busqué otros cuartos. Luego de algunas dificultades alquilé una de las habitaciones libres que antes ocupaba un excéntrico doctor de apellido Mannering, quien se había ido varios años atrás, nadie sabía adonde, ni siquiera su agente. Había construido una casa y vivido allí durante diez años, acompañado por un viejo sirviente. Su práctica, no muy extensa, lo mantuvo ocupado durante algunos años. Pero se vio recluido de la vida social y se convirtió en un ermitaño. Un doctor del pueblo, que fue la única persona que tuvo alguna relación con él, me contó que durante su retiro, se hizo devoto de una única línea de estudio, y expuso sus resultados en un libro que no fue recomendado a la aprobación de sus colegas médicos, quienes, sin

embargo no lo consideraron enteramente sano.

No tuvo oportunidad de ver el libro y no pudo recordar su título, pero me dijo que exponía una teoría extraña. Decía en él, que era posible que una persona de buena salud pudiera pronosticar su propia muerte con precisión, varios meses antes del evento. El límite, creo, eran dieciocho meses. Hubo cuentos locales sobre que había ejercido sus poderes de pronóstico, que quizás tu llames diagnóstico; y que las personas a las que advirtió el deceso, murieron súbitamente en el plazo fijado, sin causa conocida. Todo esto, por cierto, no tiene nada que ver con lo que te dije; pienso que puede divertir a un médico.

La casa estaba amueblada, tal como él había vivido. Era una oscura morada para alguien que había sido más que un estudiante, un recluso y creo que me transmitió algo de su carácter, quizás algo del carácter de su anterior ocupante. Siempre sentí una cierta melancolía que no estaba en mi disposición natural, probablemente, debido a la soledad. No tenía sirvientes que durmieran en la casa, pero siempre tuve la adicción, como sabes, a la lectura. Cualquiera que fuera la causa, el efecto fue un rechazo y un sentido de mal inminente; especialmente en el estudio del Dr. Mannering, a pesar de que esta habitación era una de las más luminosas y aireadas de toda la casa. El retrato a tamaño natural del doctor parecía dominar completamente el ambiente. No había nada inusual en la imagen; el hombre evidentemente lucía bien, de unos cincuenta años de edad, con cabello

gris metalizado, la cara recién afeitada y sus ojos oscuros y serios. Algo en esa imagen siempre atrapaba mi atención. La apariencia del hombre se convirtió en familiar para mí, hasta diría que me 'hechizó'.

Una tarde estaba atravesando esta habitación para ir a mi dormitorio, con una lámpara (no había gas en Meridian). Me paré, como era frecuente, frente al retrato, que a la luz de la lámpara parecía cobrar una nueva expresión, casi indescriptible, pero realmente escalofriante. Me interesé pero sin inquietarme. Moví la lámpara de un lado a otro y observé los efectos que provocaba el cambio del punto de iluminación. Mientras estaba absorto sentí el impulso de darme vuelta. Y cuando lo hice vi a un hombre que se movía a través de la habitación hacia donde estaba yo! Tan pronto como él se acercaba a la lámpara su rostro fue iluminando, y reconocí que era el Dr. Mannering en persona; iera como si el retrato estuviera caminando!

'Le pido disculpas', dije, algo fríamente, 'pero si usted golpeó no lo escuché'.

Él me pasó, dentro de una braza, extendió su dedo índice como en advertencia, y sin una palabra, se marchó, a pesar de que observé su ida no más que lo que vi su entrada.

Por supuesto, no necesito decirte que esto probablemente tu lo llamarías una alucinación y mientras que yo la llamo una aparición. Esta habitación tiene sólo dos puertas, una estaba cerrada; la otra llevaba al dormitorio, desde donde no había otra salida.

Tengo la sensación de que esto no es una parte importante del incidente.

Sin dudas te parecerá un lugar común "el cuento de fantasmas" algo que uno construye sobre las líneas dejadas por los viejos maestros del arte. Si así fuera, no te lo hubiera contado, aún siendo verdad. Pero el hombre no está muerto; lo conocí hoy mismo en la Calle Unión. Me cruzó entre una multitud.

Hawver finalizó su historia y los dos se quedaron callados. El Dr. Frayley distraídamente golpeó la mesa con sus dedos.

–¿Te dijo algo hoy, –preguntó– alguna cosa que te haya hecho creer que no estaba muerto?

Hawver lo miró fijamente y no contestó.

–Quizás –continuó Frayley– él hizo alguna señal, un gesto, alzó un dedo. Es un truco que él tenía, un hábito cuando decía algo serio, anunciando el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

–Sí, lo hizo, su aparición lo hizo. Pero, ¡por Dios! ¿Lo conocías?

Hawver empezaba a ponerse algo nervioso.

–Lo conocí. Leí su libro, como todo médico de hoy en día. Es una de las contribuciones más importantes del siglo a la ciencia de la Medicina. Sí, lo conocí; lo traté en su enfermedad durante los últimos tres años. Él murió.

Hawver buscó una silla, notablemente incómodo. Dio un par de zancadas y se sentó. Luego se dirigió a su amigo, y en una voz no muy clara, dijo:

ÚLTIMO PISO

PABLO DE SANTIS



–Doctor, ¿tiene usted algo para decirme como médico?

–No, Hawver; eres el hombre más saludable que conozco. Como amigo te recomiendo que vayas a tu habitación. Tocas el violín como un ángel. Tócalo, toca algo alegre y jovial. Olvídate de todo este asunto.

Al día siguiente Hawver fue hallado muerto en su habitación, el violín en su cuello, el arco sobre las cuerdas, su música se escuchó antes de la Marcha Fúnebre de Chopin.



El hombre, cansado, sube al ascensor. Es una vieja jaula de hierro. El ascensorista viste un uniforme rojo. Aunque lo ha cuidado tanto como ha podido, se notan los remiendos, la tela gastada, el brillo perdido de los botones.

–Ultimo piso –indica el pasajero. El ascensorista se había adelantado a sus palabras, y ya había hecho arrancar el ascensor.

–¿Cómo andan las cosas allá afuera? ¿Llueve? – pregunta el ascensorista.

El pasajero mira su impermeable, como si ya no le perteneciera del todo.

–Si, llovió en algún momento del día.

–Extraño la lluvia.

–¿Hace mucho que trabaja aquí?

–Desde siempre.

–¿No es un trabajo aburrido?

–No tanto. Hablo con los pasajeros. Me cuentan sus vidas. Es como si viviera un poco yo también.

–El viaje es corto. No hay tiempo para hablar mucho.

–Con una frase, o una palabra, a veces basta. Otros se quedan callados, y también eso es suficiente para mí.

Los dos hombres guardan silencio por algunos segundos.

Apenas se oye el zumbido del ascensor.

–Déjeme un recuerdo, si no es una impertinencia.

El hombre busca en los bolsillos. Encuentra un reloj al que se le ha roto la correa de cuero.

–Gracias. Lo conservaré, aunque no miro nunca la hora.

El pasajero siente alivio por haberse sacado el reloj de encima.

–Estamos por llegar –dice el ascensorista–. Ah, le aviso, el timbre no funciona. Verá una puerta grande, de bronce. Golpee hasta que le abran. No se desanime si tiene que esperar. Siempre terminan por abrir.

El ascensor deja atrás las últimas nubes y se detiene.



AMBROSE BIERCE

Nació en Ohio en 1842, EEUU, en una humilde familia de puritanos. Asistió un año al Instituto Militar de Kentucky y participó en la guerra civil de su país, la guerra de Secesión, cuando tenía diecinueve años. Una vez restablecida la paz, trabajó como periodista, dibujante y escritor de artículos periodístico-satíricos en periódicos de San Francisco; su particular mirada crítica y desencantada se hizo muy popular. Desde 1897 a 1909 estuvo en Washington como corresponsal de importantes periódicos. En 1913 regresó a California, y de ahí pasó a México, donde desapareció en 1914, probablemente asesinado en la Revolución Mexicana. Fue un maestro en el género del relato breve, sobre todo con los temas de horror y misterio.

PABLO DE SANTIS

Nació en Buenos Aires, en el barrio de Caballito, el 27 de febrero de 1963. Es Licenciado en Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. A partir de la obtención del premio "Fierro busca dos manos", organizado por la revista *Fierro* en 1984, comenzó a escribir guiones de historietas.

Fue jefe de redacción de la revista *Fierro* y coordinó la colección "EneDÉ. Narrativa dibujada" (Ediciones Colihue), dedicada a los clásicos de la historieta. Trabajó durante muchos años como periodista y escribió para televisión la miniserie *Bajamar*, y los textos de los programas que realizó Fabián Polosecki: *El otro lado* (1993-1994), y *El visitante* (1985). Es autor del libro de cuentos *Espacio puro de tormenta*; las novelas *El palacio de la noche*, *Desde el ojo del pez*, *El último espía*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *Lucas Lenz y el Museo del Universo*, *Astronauta solo*, *Las plantas carnívoras*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Páginas mezcladas*, *Filosofía y Letras*, *La traducción*, *Lucas Lenz y la mano del emperador*, *El teatro de la memoria* y *El calígrafo de Voltaire*; los libros de miscelánea *Transilvania Express*, *Guía de vampiros y de monstruos* e *Inventiones argentinas*. *Guía de cosas que nunca existieron*; los ensayos *Rico Tipo* y *las chicas de Divito* y *La historieta en la edad de la razón* y el libro de historietas *Rompecabezas*. Fue jurado de varios concursos literarios. Actualmente dirige las colecciones para lectores adolescentes *La movida* y *Obsesiones*, de Ediciones Colihue. Como periodista, colabora en los diarios *Clarín* y *La Nación*. Sus novelas fueron traducidas a nueve idiomas.



MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

Campana Nacional de Lectura



Mar del Plata
Departamento de Educación - MCP



M

Municipalidad
de general Alvarado